

PAGINAS DE MIS MEMORIAS

Estreno de «La Gata de Angora»

HACIA el fin del siglo XIX, mi madre, que se había quedado viuda en el año 1893, resolvió, siguiendo deseos de mi difunto progenitor, que para ella eran más imperativos que leyes, trasladar nuestro hogar, desde Granada, donde siempre habíamos vivido, a la villa y entonces corte de las Españas. Era voluntad de mi padre, que recibiéramos educación en un sitio donde el halago y benevolencia, dispensado a los tiernos huérfanos de un hombre ilustre, que tan relevante papel representara en la política y sociedad granadinas, no viciaran, con su indulgente blandura, lo bueno que pudiese haber dentro de nosotros. Quería mi padre que los galones, en la vida, nos los fuéramos ganando, paso a paso, sólo por nuestros propios méritos y esfuerzos.

Esa fué la razón de que en el otoño del, tan fatídico para Europa, año 1898, tomáramos mi madre y hermanos menores la diligencia hacia Jaén, desde donde, por Espeluy, habíamos de alcanzar la línea férrea, que nos llevase a los Madriles, bien a desgana ciertamente, pues todos nosotros, como auténticos granadinos que éramos, adorábamos a la tierra del "chávico", y no sabríamos habituarnos "tan ahina" a dejar de oír la campana de la Vela, todos los días y todas las noches.

Una vez en la capital de España, y trocada ya nuestra lujosa casona andaluza, con solaz para invierno y verano, por un pisito madrileño, en la universitaria calle de San Bernardo, cuya mudanza nos dió medida de la capitidisminución sufrida, al pasar desde el reducido escenario granadino al teatro matritense, que nos pareció inmenso, dímonos a la tarea de aclimatarnos en el nuevo medio, mientras nos ayudaban a comulgar con la patria chica, tan viva en nuestro corazón, la gran cantidad de amigos, procedentes de allá, que encontramos en Madrid, entre quienes figuraban a la cabeza José M.^a Rodríguez Acosta y José M.^a López Mezquita, los grandes pintores, gloria de Granada y de España.

Llevado de las acendradas aficiones literarias que en mi niñez me impulsaron a la fundación de una pequeña y cándida revista, titulada "Semanao infantil", procuré, desde que puse pie en la Puerta del Sol, entablar conocimiento y relación con escritores de la capital, a los que mi fantasía provinciana rodeaba de un halo refulgente.

Como en Granada, y justamente en torno a la Cofradía del Avellano, "cuya alma fuera Angel Ganivet", había yo conocido a cierto joven periodista almeriense, que firmaba con el pseudónimo de "Aben Humeya", muy bienquisto en la tertulia del Café de la Montaña, esquina a Puerta del Sol

y Alcalá, donde pontificaban, a la alimón, Jacinto Benavente y Valle Inclán, me valí de él para ser presentado a tales gerifaltes literarios.

Aunque yo era a la sazón un chaval de diez y seis años apenas, fui recibido con amable consideración, sin que me relegaran a la mesa del café, aparte de la de los maestros, donde Pedro González Blanco y Bernardo G. de Candamo, gente de mi edad, ocupaban sitio en calidad de aprendices.

Aparentaba por entonces Jacinto Benavente ser un joven de veinticinco años aproximadamente, aunque ya contaba treinta y cuatro. Era canijo y delgado. Tenía el rostro mefistofélico, quiere decirse agudo y de irónica expresión, a modo de triángulo isósceles, cuya base estuviera en lo albo, con perilla y retorcidos bigotazos hacia arriba. Hablaba poco y en voz de falsete, sonreía mucho y con sarcasmo y no reía nunca; pero fumaba sin descanso un enorme cigarro puro, que sostenía a la altura de la boca, con su manita de niño, a uno de cuyos dedos se ceñía cierta curiosa sortija en oro verdoso, a manera de fetiche, que copiaba un grupo de dos culebras entrelazadas. Usaba el futuro maestro, hongo y bastón, puños almidonados y postizos, trajes oscuros y botinas de charol con botones.

Jacinto en aquella época lejana, aunque ya había logrado los grandes triunfos de *Gente conocida* y *La Comida de las Fieras*, a más de tener representados, si bien con mediano éxito, *El Nido Ajeno*, *El marido de la Tellez* y otras tres piezas más no apreciadas en su valor, era aún autor de escasa popularidad, y muy discutido entre los aficionados al teatro. Tenía, por entonces, no pocos enemigos literarios, y un grupo de admiradores entusiastas, especie de mosqueteros, que le seguíamos con fanatismo, entre los cuales había un poco de todo: desde literatos de gran talento, como Rubén Darío y Unamuno, hasta actorzuelos principiantes, sin que debamos olvidar a cierto fantástico personaje, cuyo verdadero nombre y condición nos eran perfectamente desconocidos, pero a quien habíamos convenido, entre todos, de que era Conde, poeta, autor dramático, espadachín y tenorio. El llegó a creerlo a pies juntillas.

Cierta tarde del año 99, nos habló Benavente con suave frialdad, su tono de costumbre, de una comedia que estaba escribiendo para Rosario Pino, la finísima actriz, toda feminidad, quien acababa de pasar desde Lara, "la Bombonera de D. Cándido", como se llamaba al teatrillo de la Corredera en los periódicos de la época, donde tuvo de compañeros a Balbina Valverde, Matilde Rodríguez y Pepe Rubio, a la importante escena de la Comedia.

La gente no creía que la bella comedianta, acostumbrada a "bordar" papelitos en juguetes cómicos, fuese capaz de representar personajes de mayor enjundia y envergadura.

Benavente, que tenía mucha fe en el talento de la bella dama joven, le dedicaba aquella su nueva obra, que tenía en el telar con el título de *La Gata de Angora*, cuya protagonista sería una verdadera flor de feminidad artera y mimosa, "capaz de destrozar por juego, como si acariciara, con sus manecitas".

Era un tipo el de Silvia que había de ir, como anillo al dedo, a la modalidad insinuante y calina, coqueta y frívola de Rosario ¡Oh aquel su delicioso gesto que torcía ligeramente la boca hacia un lado, la vocecita dulce y bien timbrada, la mirada gachona de los lindos ojos!

En los cenáculos y entre el público en general se comenzó a hablar, más de lo conveniente para su buen logro, de *La Gata de Angora* y de la actriz que sería su intérprete. ¡Mal presagio y augurio peligroso!

Llegó, al fin, la noche del 31 de marzo de 1900.

Antes de que se levantara el telón, aparecía ya la sala de la Comedia totalmente llena de un público distinguido, el célebre de los estrenos, entre el cual se advertían profusos descotes en las damas y fraques en los caballeros.

En una platea estaba, fondona y maldiciente, la famosa Marquesa de la Laguna, con sus hijas y la Pardo Bazán, que se esponjaba de satisfacción al lado de la aristócrata ilustre. En otra se veía la barba cerrada y el obeso abdomen de D. Eugenio Sellés. En un palco, los lentes y la blanca perilla de D. José Echegaray, que conservaba puesto su gabán de pieles dentro de la sala. Todos los críticos de teatro, naturalmente, desde la robusta figura de D. José de Laserna, que pontificaba en "El Imparcial", a la escuchimizada de Corumanchel, el excelente poeta Ricardo R. Catarineu, que escribía sus crónicas en la "Corres", brujuleaban en el pasillo de butacas y en el foyer, donde aún se podían formar corros cómodamente para discutir las obras, porque todavía no habían hecho, por aquella época, su irrupción allí las señoras, que, en vez de andariegas y entrometidas como hoy, se estaban quietecitas en sus localidades respectivas, aguardando con digna y aparente frialdad la visita y corte de los caballeros, que se acercaban sombrero en mano para "ofrecerlas sus respetos".

Yo ocupaba una butaca algo detrás de la sala, junto a Manolo Bueno, que no cesaba de disparar agudos chistes, sobre ciertas damas ensombreadas de una manera absurda, entonces muy a la moda, que nos dificultaban con sus enormes chapeos la despejada visión de la escena.

Desde lejos, "Palomerín", el graciosísimo Antonio Palomero, redactor de "Gedeón", pequeñito y con rostro de clown inglés, nos hizo una cómica mueca, a manera de saludo.

Hubo un poco de revuelo en la sala a la entrada en su palco de la Matilde Pretel, que se había hecho famosa en "Apolo" con *El tambor de Granaderos*. Lucía la tiple un traje de seda grana y dos brillantones como pendientes.

—Son buenos—había dicho, tras de observarlos con sus gemelos, la Laguna, que era perita en joyas.

Mazantini, de frac y clavelón blanco en el ojal, se sentó en el palco de la "Sociedad" junto a Pepito Sabater, Natalio Rivas y La Morena, que paseaba lentamente y jactancioso, sobre la asamblea de mujeres, sus gemelos de teatro.

En una delantera de paraíso, nervioso y rubio y más saltamontes que hombre, aparecía la bohemia silueta de Henry Cornuty, el modernista pari-

sino que nos había traído en su maleta a Verlaine y a Baudelaire, acompañado por el poeta Villaespesa, melenas, palidez.

Notábase en la sala cierto ambiente hostil a Benavente. *Los morenos traían mal vino*, como se decía entonces.

Hubiérase podido creer que, por misteriosa razón ateniende a la esotérica psicología de las masas, el público quería vengar en el autor de *La Gata de Angora* los aplausos que prodigara recientemente al de la *Comida de las Fieras*.

Un "venticello" de enemistad, formado por el subsciente apuntado, mas los recelos naturales de un teatro viejo, asediado por otro nuevo, que avanzaba con Jacinto a su cabeza; la instintiva inquina de los ancianos contra los jóvenes, que vienen a quitarles sus puestos; la incomprensión de los más, que, como es de cajón, pesa más, por su volumen, que la comprensión de los menos; la extrañeza que un teatro todo naturalidad y humanismo, sin trucos ni apenas latiguillos, había de producir necesariamente en auditorios acostumbrados a las oquedades y retumbos de la dramática romántica, cuyo último guión era, sin duda, Echegaray, amontonó en el ambiente nubes de tormenta, que a poco de comenzar la comedia diéronse a relampaguear. Al principio fueron tocécillas, leve arrastrar de pies, alguna que otra risita intempestiva. Pero luego, ya en el segundo acto, se iniciaron los truenos. —Ésto es aburridísimo—decían unos. —Aquí no pasa nada—afirmaban otros. —¿Y a esto le llaman modernismo? —¡Qué lata!, Señor, ¡qué lata!—. Los caballeros con rutilantes pecheras de los palcos, y las damas con traje de noche, diéronse a bostezar con disimulo. Era ciertamente una manera de opinar. Mediado el segundo acto, desde las alturas, abarrotadas de "público denso y municipal", empezó el franco pateo. En las butacas hicieron coro. Algunos aplaudieron, como protesta contra los protestantes. Yo, entre ellos. Manolo Bueno me dijo: —¡Estate quieto!, si no, acabarán por pegarnos. ¡Qué brutos! ¡Qué brutos! No entienden la comedia. Es finísima. A mí me gusta mucho. De lo más sobrio y hondo de Jacinto. Teatro de almas.

Los partidarios de Benavente intentaron contraatacar en algunos pasajes propicios. Antonio de Zayas, que estaba en las primeras filas de butacas, incapaz de contener su indignación, como era una modalidad de su noble carácter, gritó estentóreamente: —¡Al que no le guste, que se vaya a la calle, a la cochina calle! ¡Pues no faltaba más!—. Y siguió gritando de pie, con frases furibundas del mismo jaez, entre los chillidos de quienes le rodeaban.

—¡Idiotéz!, ¡Idiotéz!—clama Vallé Inclán, también de pie, sobre su butaca, enarbolando el bastón de cachiporra en la mano sana, con gestos de vengativo polichinela.

La gente alborotaba a más y mejor, entre divertida y feroz. No había ya medio de oír a los actores, que, pálidos, intentaban recitar sus papeles. Thuiller trataba de imponer su autoridad para que le escuchasen; pero ni él, ni la encantadora Josefinita Blanco, ni Echaide, ni Rubio, conseguían nada.

De pronto, en una pequeña calma entre dos trombas, se sintió, con ge-

neral asombro, una voz nasal y extranjera que, dirigiéndose hacia las damas y caballeros de etiqueta en los palcos, les escupía esta frase, digna de inmortalizarse junto a la de Cambronne en Waterloo: —M. para la aristocracia, así, sin acento: a-ris-to-cra-cia.

Era el fiel Cornuty, quien no tardó en ser extraído entre patadas y mordiscos suyos, de la delantera de anfiteatro, donde presenciaba la función, por los guardias, que lo llevaron a rastras a la Comisaría, en la cual hubo de encontrarse agradablemente sorprendido con la presencia de muchos amigos y conocidos, escritores, que también habían sido detenidos en el teatro de la Comedia por escándalo público. Eran los apóstoles del modernismo mártir, entre ellos Zayas y Valle Inclán, quien muy satisfecho y burlón, con los ojos brillando tras sus quevedos de concha negra, afirmaba al señor Comisario que él acababa de hacer trizas, en la Comedia, a quince malandrines de los que silbaban: “Pedazos, migas, harina”, explicaba. Y al contemplar la estupefacta cara, un si es no es asustada, de la autoridad policiaca, añadía con naturalidad:

—Eso no es nada para mí. Yo combatí en Méjico, vencíéndolo, contra todo un batallón del Gobierno, y asesiné a Sir Thomas Jons, a bordo del “Dalila”.

MELCHOR DE ALMAGRO SANMARTÍN

